



A los diez meses de reinado, cuando creyó estar ya seguro de que sería bien recibido en la nación el cambio que meditaba, anuncia pública y formalmente Recaredo que abraza la fe católica, tal como está contenida en el símbolo de Nicea, repone en sus iglesias á los obispos desterrados por Leovigildo, erige y dota monasterios, y sin valerse de la soberanía para mandar, emplea sólo la exhortación con sus súbditos, españoles, godos y suevos, para que se conviertan como él al catolicismo (1).

Hicieronlo así la mayor parte de los arrianos; pero algunos, más pertinaces, y principalmente aquellos prelados á quienes Leovigildo había colocado en las sillas de que expulsara á los obispos católicos y á quienes el nuevo monarca reponía, comenzaron á tramitar contra él conjuraciones, así en España como en la Galia gótica. Aquí era Sunna, el obispo arriano de Mérida, que con los condes Segga y Viterico atentaba contra la vida del respetable Mausona, metropolitano católico de la misma silla desterrado por Leovigildo, y del duque Claudio, gobernador de Lusitania. Allá era el obispo arriano de Narbona Athaloco, á quien llamaban Arrio por su exaltación y fogosidad en sostener las doctrinas del heresiarca, y que en unión con otros dos condes ofrecía á Gontran la Septimania siempre que con sus tropas auxiliara la rebelión. Descubierta por el mismo Viterico la conjuración de Mérida, desterrado el obispo Sunna, y trasportado el conde Segga á Galicia, después de haberle cortado las manos, otra conspiración se fraguó dentro del palacio mismo, que hubiera sido más peligrosa y temible si por fortuna no se hubiera frustrado también. Otro obispo arriano, nombrado Uldila, de concierto con la reina Gosuinda, la viuda de los dos reyes Atanagildo y Leovigildo, de cuyo furor por el arrianismo tenía la familia real tan tristes pruebas, enderezaban sus planes, ya no sólo contra la doctrina ortodoxa, sino también contra la vida del monarca. Sabida por el rey esta conjura, el obispo salió desterrado de España, y la muerte que en aquella ocasión

(1) *Ratione potius quam imperio converti ad catholicam fidem facit. Viclarens. Chron.*

sobrevino á Gosuinda ahorró á Recaredo el trabajo de discurrir el castigo que impondría á la viuda de su padre. ¿Nos maravillaremos de que á vista de tan repetidas conspiraciones se pusiera Recaredo en la necesidad de aparecer intolerante, mandando recoger todos los escritos de los arrianos y entregarlos al fuego para que no quedara rastro escrito de aquella doctrina?

Y todavía no cesaron las conjuraciones. Al año siguiente un duque de provincia, llamado Argimundo, perteneciente al oficio palatino, conspiró simultáneamente contra la vida del rey y contra el trono, de que pretendía apoderarse. Los cómplices de esta maquinación, también oportunamente descubierta, pagaron con la vida el atentado. Su jefe Argimundo, que aspiraba á ceñir la corona, sufrió la afrenta ignominiosa de ser paseado por las calles de Toledo, sentado sobre un jumento, con el cabello rapado y cortada la mano derecha, expuesto á la burla y escarnio de la plebe, después de lo cual se le condenó á muerte (1).

La novedad del cambio de religión en el monarca y en el pueblo era demasiado importante para que Recaredo dejara de solemnizarla de la manera digna que tan gran negocio requería. Al efecto, convocado en Toledo un concilio general de todos los obispos de España (589), que era el tercero que se celebraba en aquella ciudad, congregados hasta el número de sesenta y dos prelados y cinco metropolitanos, entre los cuales se hallaba el esclarecido Leandro de Sevilla, alma y lumbrera de aquel concilio, presentóse el monarca ante la venerable asamblea; y renovando solemnemente el acta de abjuración del arrianismo, declaró en su nombre y en el de la reina Bada que abrazaba y profesaba la fe católica y el símbolo de Nicea, reconociendo la igualdad de las tres personas divinas. Exhorta luego á los obispos arrianos y á los grandes que asistían al concilio á que sigan é imiten su ejemplo en obsequio á la unidad de la Iglesia. Un prelado pregunta en su nombre si se adhieren á los sentimientos del monarca, y como por una

(1) Juan de Viçlara, que termina su crónica con la narración de este suceso.



SALADINO.





inspiracion providencial todos suscriben á la profesion de fe de Recaredo, el cual entrega por su mano á los obispos el *tomo regio*, que contenia los puntos relativos al buen orden y disciplina de la Iglesia, en que el concilio se habia despues de ocupar.

Así quedó la religion católica solemnemente proclamada la religion del Estado en España. Así triunfó el principio religioso, el emblema de la civilizacion que se habia anunciado en Judea, que habia subido al trono de los Césares con Constantino, y que depurado de la herejía despues de algunos siglos de controversia y de lucha, se asentó puro y sin manilla en el trono español, esperamos que para no descender de él jamas. «Si los monarcas españoles, dijimos en nuestro discurso preliminar, se decoran hoy con el título de *Majestades católicas*, la historia nos enseña su origen, y nos lleva á buscarle en Recaredo.» Celebróse tan fausto acontecimiento con demostraciones públicas de alegría en toda España, y Roma saltó de regocijo. Interesantes son las cartas que con tan feliz motivo dirigió el papa San Gregorio el Grande, ya al monarca español, ya al ilustre prelado de Sevilla San Leandro. «¿Qué diré en el juicio final, le decia á Recaredo, cuando me presente con las manos vacías, y vos vayais seguido de rebaños de fieles, cuyas almas habeis ganado á la fe con sólo el imperio de la persuasion? Cargo terrible, que acusará la tibieza y ociosidad del gran pastor de los fieles, cuando se vean las santas fatigas de los reyes cristianos para la conversion de las almas» (1). Y envióle con esta carta en retorno de los presentes que de él habia recibido, un fragmento de la verdadera cruz, algunos cabellos de San Juan Bautista, y dos llaves, la una tocada en el cuerpo del apóstol San Pedro, la otra en que habian entrado limaduras de las cadenas con que el santo habia estado aprisionado.

Pero los negocios de la religion no habian estorbado á Recaredo atender á los de la guerra. Movíase en la Galia gótica el implacable Gontran, único de los reyes francos que se ha-

bia negado á toda proposicion de alianza ni de paz con el monarca visigodo despues de su conversion al catolicismo. Habiendo Recaredo pedido en matrimonio á Clodosuinda, hermana de Childeberto (con quien parece no llegó al fin á casarse), otorgábasele la mano de la princesa franca, con tal que Gontran diera su consentimiento. «¿Cómo quereis, contestó el vengativo rey de Borgoña á los enviados de Recaredo, que yo fie en vuestras promesas, cuando mi sobrina Ingunda se vió en una prision, y vuestra perfidia la hizo morir en un destierro mientras su marido caia bajo el hacha del verdugo? Andad, y decid á vuestro señor, que no recibiré de él embajada alguna. Dios me ordena vengar á Ingunda, y obedeceré á Dios» (1). Así el obispo arriano de Narbona le encontró dispuesto á auxiliar la rebelion de la Septimania, y el conde Desiderio fué enviado por Gontran con un cuerpo de tropas para apoyar la sublevacion del fogoso y ambicioso prelado. Derrotados los rebeldes por el ejército de Recaredo, esperaba el monarca visigodo que el obstinado Gontran se determinaría á aceptar la paz que otra vez le propuso; pero el odio inveterado de Gontran al soberano español pudo en su ánimo más que su conveniencia propia, y volvió á rechazarle con cólera y enojo. Antes haciendo un llamamiento general á todos los hombres de armas de su reino, resolvió en su soberbia despojar á Recaredo de la Septimania: sesenta mil hombres al mando de Boson penetraron en la bella provincia del dominio gótico. Contra tan formidable fuerza envió Recaredo al duque Claudio, gobernador de la Lusitania.

Condújose el experimentado general español en esta campaña con tal destreza y valentía, que habiendo atraído al numeroso ejército franco á un estrecho y montuoso valle, donde tenia emboscado un escaso pero escogido cuerpo de godos, imposibilitadas las masas enemigas de revolverse y evolucionar en aquella estrechura, ejecutaron en ella los godos tan espantosa carnicería, que el triunfo de Claudio en aquella ocasion se cuenta por el mayor que

(1) Greg. Magn., lib. VIII, ep. 128.

(1) Id., lib. IX.





habian alcanzado los godos desde la famosa batalla de los Campos Cataláunicos. «Jamás, dice San Isidoro, dieron los godos en España batalla mayor ni áun semejante» (1). Las crónicas cristianas suponen que los soldados de Claudio no pasaban de trescientos, y atribuyen á milagro tan señalada victoria. De todos modos fué portentoso el triunfo, y tan eficaz, que ni Gontran con todo su encono, ni los demas reyes francos se atrevieron á inquietar á los godos en la posesion de la Septimania.

En cuanto á los griegos imperiales de la Bética, tuvo tambien Recaredo que combatirlos para reprimir sus incursiones. Pero queriendo respetar las posesiones que obtuviesen legítimamente en virtud del tratado entre Justiniano y Atanagildo, y habiendo éste perecido en el incendio de los archivos de Constantinopla, encargóse el papa Gregorio Magno de negociar con el emperador Mauricio otro tratado, por el que se inhibia á los bizantinos toda conquista en el interior de España, asegurándoles sus primitivas posesiones del literal. Así que daron todavía apegados á la costa de España aquellos xtranjeros tan indiscretamente traídos.

Invirtió Recaredo los años siguientes de su reinado en promover la unidad nacional y la felicidad interior de su pueblo. Habiendo ya reunido á todos sus súbditos, godos, suevos, galos y romano-hispanos, bajo una fe, y establecido la unidad del principio religioso, quiso tambien igualarlos en los derechos civiles, sometiéndolos á todos á una misma legislacion. Si no abolió el Breviario de Alarico, hizo por lo ménos muchas leyes, que mandó fuesen obligatorias indistintamente para los dos pueblos: echando de este modo los cimientos de la unidad política sobre la base de la unidad religiosa, que eran los dos principios de que habia de partir la civilizacion moderna. Mostrando en todo su tendencia hácia las tradiciones del imperio, la lengua latina fué reemplazando en los actos públicos, en el servicio divino, y

(1) *Nulla unquam in Hispaniis gothorum vel major vel similis extitit.* Isidor. *Hisp. Hist. Coth.*

hasta en la vida privada, á la lengua gótica; los empleos de la córte tomaron títulos latinos, y comenzando á fundirse en una sola las dos razas hasta entónces separadas por la religion y las leyes, fueron perdiendo tambien su tinte nativo las costumbres góticas. Llevando al extremo la imitacion de los Césares de Oriente, tomó el título bizantino de *Flavio*, que adoptaron tambien sus sucesores, á estilo de los reyes ostrogodos y lombardos.

Fué Recaredo el primer rey godo que se hizo unír con el óleo santo por la mano de los obispos en la iglesia metropolitana de Toledo. De su tiempo data la importancia de los célebres concilios de aquella ciudad, y la influencia y preponderancia del clero, no ya sólo en los negocios eclesiásticos, sino tambien en los políticos y de estado.

Murió este gran príncipe cuando se hallaba consagrado á la revision y reforma de las leyes eclesiásticas y civiles, en Toledo á los quince años de su glorioso reinado (Febrero de 601). Príncipe verdaderamente grande, si la grandeza de un rey se ha de medir, como creemos, por los beneficios que dispensa á sus pueblos, y por las instituciones útiles con que los dota para su felicidad futura. «Era, dice San Isidoro, de un natural amable, pacífico y bondadoso, y tal el imperio de su dulzura sobre los corazones, que sus mismos enemigos no podian resistir al atractivo que los arrastraba hácia él. Liberal hasta el extremo, restituyó á sus propietarios todos los bienes que les habia confiscado su padre. Sus riquezas eran de los pobres tanto como suyas, porque sabia que no habia recibido el poder sino para hacer buen uso de él, y para merecer un fin dichoso por medio de las buenas obras.» «No se hallaria acaso, dice un escritor de nuestros dias, en aquella época triste un reinado en que se vertiera ménos sangre, en que se cometieran ménos violencias, ménos atentados á la fortuna pública ó privada. Y sin embargo, continuas conjuraciones amenazaron la vida de este príncipe tan digno de ser amado. La nobleza, cuyo influjo disminuyó por favorecer el del clero, no le perdonó nunca, y la veremos pronto tomar venganza en su descendencia.»

## CAPÍTULO VII

### Organizacion religiosa, política y civil del reino godo-hispano, hasta el siglo VII.

¿Qué revolucion tan grande ha sufrido España en el período que acabamos de bosquejar! Gobierno, religion, leyes, costumbres, todo ha variado. Lo maravilloso de esta transformacion es que unos pueblos designados con el nombre aterrador de bárbaros; que una horda cuya planta salvaje iba dejando tras sí la huella de la devastacion y de la ruina; que unas tribus que iban arrasando la tierra como una lengua de fuego; que unas razas desprendidas de las regiones ásperas y frias del Norte á los suaves y abundosos climas del Mediodía y Occidente como manadas de lobos hambrientos en busca de presas que devorar; que unos hombres que en su marcha de destruccion mezclaban los despojos de las ciudades destruidas con los insepultos cadáveres amasados con su misma sangre, como la uva de un horrible lagar; que unas gentes que parecian ser el azote enviado por la Providencia para castigar á la humanidad de un modo que resonára por los espacios de los siglos futuros, hayan sido los que fundieron y reorganizaron la sociedad humana, los que reedificaron sobre ruinas y lagos de sangre imperios que aún duran, los que fundaron en España una nacion, los que declararon culto del Estado el mismo que hoy subsiste, los que dieron á los pueblos leyes que aún se veneran, los que ce-

lebraron asambleas religiosas que se admirarán y respetarán siempre, los mismos, en fin, que legaron á los reyes de España su título más glorioso, y de quienes la más alta nobleza española se envanece de hacer derivar su genealogia, y cuya sangre corre acaso todavía por las venas de los actuales españoles.

¿Cómo se obró esta revolucion social? ¿Cómo con tales elementos se levantó un edificio, no perfecto y acabado, pero sí majestuoso y robusto, y aún de más vastas dimensiones que el que hoy existe? ¿Cómo tras una descomposicion social tan espantosa y ruda pudo seguir la sociedad humana esa marcha hácia la perfectibilidad progresiva á que está destinada por el que rige sus destinos y la guía en la carrera de los tiempos? Acontecimientos son estos que no pueden dejar de ser considerados por el historiador, si se ha de buscar el enlace de lo pasado con lo presente y de lo presente con lo futuro.

Bien nos acordábamos de esto, cuando dijimos en nuestro discurso: «El mundo presentia á veces el espectáculo de un pueblo que sucumbe á los golpes destructores de un genio exterminador; pero de esta catástrofe viene á resultar ó la libertad de otros pueblos, ó el descubrimiento de una verdad fecundante, ó la conquista de una idea que aprovecha á la masa